

Mi fiel hermano...

(Sale Sancha de la quinta, y se dirige lentamente adonde está el rey.)

¡Qué miro!

¡Es Sancha! Dejame solo.

Juan. Señor...

Rey. ¡Qué molestia! Idos.

ESCENA V

EL REY, DOÑA SANCHA

Rey. ¡Sois vos, doña Sancha! Os veo
Y mi ventura no creo;
Que es exceso de indulgencia
Honrar con vuestra presencia
Á quien se confiesa reo.
Si es vuestro objeto, bien mío,
Quejaros de mi rigor,
De amor fué mi desvarío,
Y pues sabéis qué es amor
Que me perdonéis confío.
Yo os vuelvo sin condición
La perdida libertad.
Sólo os pido en galardón
Que miréis mi ceguedad
Con ojos de compasión.

Sancha. Sí; no hay duda; estáis muy [ciego,

Pues en torpe inútil fuego
El alma os dejáis arder,
Y á Dios no eleváis el ruego
Que desdeña una mujer.
Contra firme voluntad
Que la cárcel no amedrenta
¿Qué vale falsa piedad?
Prefiero vuestra crueldad,
Que ella al menos no me afrenta.
Cuando de prisión salía
Juzgué que ya no os vería,
Ni severo, ni clemente;
Ya no creí que esa frente
Osara alzarse á la mía.
Libertad es don de Dios;
Mas ni eso quiero de vos;
Que el más negro calabozo
Sitio es para mí de gozo
Si nos separa á los dos.

Rey. ¿Eso merece la fe
Del que á tus pies rinde un trono?
Es cierto que te agravié;
¿Mas será, Sancha, tu encono
Mayor que mi culpa fué?
Baste á expiar mi delirio
Este horroroso martirio

Que me consume letal,
Como el recio vendaval
Seca las hojas del lirio.
Sombra no soy del que fui;
Doliente y lánguido muero.
¡Oh! Ten lástima de mí,
Que sólo la vida quiero
Para consagrarla á ti.

Sancha. Sí; la imagen de la muerte
Veo en tu rostro, y mi suerte
Ya no puedo maldecir;
Que si amargura es el verte,
Consuelo es verte morir.
¡Y sordo al remordimiento
Fundas en mí tu esperanza!
¡En mí, que soy instrumento
De la divina venganza,
Y me gozo en tu tormento!

Rey. ¿Qué has dicho? ¡Tanta ojeriza!...
Libradme, Dios sempiterno,
De esa mujer que me hechiza.
Ese mirar me horroriza;
Esa risa es del infierno.
¿Quién te trajo á mi presencia?
Tú con venenoso jugo
Me diste mortal dolencia...

Sancha. El delito es tu verdugo,
Tu veneno es la conciencia...

Rey. Mas aun puedo tu traición
Castigar...

Sancha. Arma tu mano;
Traspásame el corazón.

La muerte es el solo don
Que acepto yo de un tirano.

Rey. Muere, muere, desdichada...

(Saca un puñal.)

¡Oh cielo! ¿Qué mano helada?...

¡Aparta! ¡Suelta el puñal!...

Una sombra ensangrentada...

¡La sombra de Carvajal!...

¡Oh! ¡Piedad! ¡Piedad! Yo muero.

(Cae aterrado en un banco.)

ESCENA VI

EL REY, DOÑA SANCHA, DON JUAN,
CASTRO, CASTAÑEDA

(Todos acuden corriendo á socorrer al rey.)

Juan. ¡Señor!...

Cast. ¡Doña Sancha aquí!

Castro. ¡Y en vuestra mano un acero!

Juan. ¿Qué intentó?...

Rey. ¡Fantasma fiero,

¡Huye!... ¡Apartadle de mí!

Castro. Débil la imaginación
Os finge horrible visión.
Sólo veo á una mujer.
¿Qué podéis de ella temer?
Recobrad vuestra razón.

Cast. Calla y os mira altanera,
Y el corazón rencoroso
Descubre su faz severa.

Juan. Si importa á vuestro reposo,
Muera doña Sancha.

Cast. Muera.

Rey. ¡No más sangre! ¡Antes mi muerte!
¡No más!

Sancha. Infante de España.
Pruebe una mujer tu saña.
Hiérame ese brazo fuerte...
Que es digna de ti la hazaña.

Rey. ¡Ay del que osare ofendella!
Su cabeza haré caer.
Libre sea esa mujer;
Mas lleve lejos su huella
Donde no la torne á ver.

Sancha. Triunfo será para mí
Que el terror te inspire así.
Si es piedad, no la agradezco,
Porque la vida aborrezco,
Como te aborrezco á ti.
Ni la estampa de mi pie
Quieres ver... mas ¡ay dolor!
¿Adónde lo llevaré
Si me privó tu furor
De cuanto en el mundo amé?
Triste, errante, peregrina... —
Mas un templo veo allí

(Mirando al bastidor de su izquierda.)

Sobre fragosa colina.
El sea mi asilo. Á ti
Me acojo, bondad divina.

ESCENA VII

EL REY, DON JUAN, CASTRO,
CASTAÑEDA

Rey. ¡Oh cobardía! ¡oh flaqueza!
Vida de afán y de angustias,
¿Por qué te ve todavía?
¿Por qué me espanta la tumba?

Cast. Otra vez la negra imagen
De la muerte os atribula?

Castro. Señor, sin duda la dieta
Vuestro cerebro perturba.
Comed, bebed, alegraos;

Que así al diablo se conjura. —
Mirad: vuestro hermano llega,
Y su venida os anuncia
Más felices horas...

ESCENA VIII

EL REY, DON JUAN,
CASTRO, CASTAÑEDA, DON PEDRO,
LEIVA, DON MENDO,

OFICIALES DEL SÉQUITO DE DON PEDRO

Rey. ¡Pedro!

(Levantándose.)

Pedro. Señor, vuestra planta augusta.
(Va á arrodillarse y el rey le abraza.)

Rey. ¿Qué haces? No. Ven á mis brazos...

Pedro. ¡Hermano mío!

Rey. ¡Oh ventura!

¡Cuánto tu vista anhelaba!
Ella mis penas endulza
Y mi pecho fortalece.

Pedro. No esperaba mi ternura
En tal estado encontrarte.

Rey. Postró mi salud robusta
No sé si obstinada fiebre,
Ó terror fatal que nunca
Debió triunfar de mi esfuerzo;
Mas tu presencia me cura
De fiebres y de aprensiones,
¡Oh hermano, oh firme columna
De mi imperio!

Pedro. En esa dicha
Toda mi ambición se funda.

Vos, tío, ¿no me abrazáis?

Juan. Mi afecto se congratula...

(Abrazándole tibiamente.)

(Fuerza es fingir.)

Pedro. Presos quedan

(Al rey.)

En el castillo de Andújar
Los frailes de Calatrava
Que temerarios acusan
Á su rey...

Rey. No me recuerdes
Aquel día de amargura...

Pedro. Yo, soldado, no examino
Si fué justa ó no fué justa
La sentencia. Vos firmásteis,
Y vuestra sea la culpa
Ó la gloria. El labio mío
Ni os aplaude, ni os acusa.

Rey. Basta. — Tu hueste ¿es leal?

(Á media voz.)

(Don Juan habla aparte con Castañeda, Castro y otros caballeros. Leiva forma corro con los del séquito de don Pedro.)

Pedro. Con mi obediencia y la suya Podéis contar.

Rey. Está bien.

Pedro. Si hay algún traidor...

Rey. Sí. Escucha.

(Siguen hablando en voz baja el rey y don Pedro.)

Juan. ¿Qué os parece, ricos-hombres? Porque ha vencido á una turba De cobardes sarracenos Ya don Pedro no os saluda, Y con su altivo ademán Dijérase que os insulta.

Castro. En los fraternos halagos Con preferencia se ocupa; Y si el triunfo le envanece Su mocedad le disculpa.

Cast. Mas los nobles que desprecia, No en una lid, sino en muchas, Ya habian ganado palmas Cuando él lloraba en la cuna.

Juan. Habla á Fernando en secreto.

Tal vez su labio os calumnia, Y vuestros cargos y honores Quiere dar á sus hechuras.

Tal vez...

Rey. Valientes guerreros,

(Al séquito de don Pedro.)

Reposad, y á nuevas luchas Preparad los fuertes brazos Que mi dosel aseguran.

(Los de la comitiva de don Pedro saludan y parten por la derecha.)

Adiós, caro hermano.

(Á don Pedro apretándole la mano.)

Pedro. El cielo

La salud te restituya.

(Vase siguiendo á los suyos.)

Rey. Idos. (Á los demás caballeros.)

Vos, don Juan, quedaos.

Castro. (Don Juan, tu poder caduca.)

(Los caballeros entran en la quinta. — Empieza á obscurecer.)

ESCENA IX

EL REY, DON JUAN

Rey. Noble infante don Juan, mi amado tío, (Sentado.) Mayordomo mayor de mi corona,

Vos grande entre los grandes de Castilla, Vos mi maestro, mi fanal, mi norma, Oid. De vuestras pródidas lecciones Nunca he necesitado como ahora.

Juan. Procurar vuestro bien es mi co-

[nato.

(Nunca en su labio oí tanta lisonja.)

Rey. Esta dolencia que mi cuerpo aflige Llena el alma de afán y de congoja. Soy pecador y el cielo me castiga.

Don Juan, yo debo desarmar su cólera Antes que suelte en la profunda huesa El peso de esta vida que me agobia.

Juan. Señor, ¿qué habláis de huesa?

[Largos días

El cielo os guarda de salud, de gloria...

Rey. Yo daré gracias humillado al cielo Si mi vida benéfico prolonga, Mas cada hora que el cristiano vive La debe contemplar su última hora.

Juan. (Si devoto se vuelve, soy perdido. Por el menor escrúpulo de monja Me ahorcará sin piedad.)

Rey. Los Carvajales No se apartan, don Juan, de mi memoria.

Juan. Público fué su crimen. Si al pro-

[ceso

La observancia faltó de leves fórmulas, Vil rebelión alzaba la cabeza Y rápida justicia aterradora La debió sofocar.

Rey. ¡Fallo terrible, Escarmiento horroroso que la historia Grabará con sangrientos caracteres! Justo sin duda fué pues que lo abona Sincero vuestro labio; mas, decidme,

(Se levanta.)

¿Sólo aquel acto de justicia pronta Me demandaba el cielo? ¿Fué la vara De esa justicia que don Juan invoca Recta siempre en mi mano? ¿Es digno de

[ella

Quien ciego ó pusilánime la dobla Al capricho, al temor? Ó por ventura ¿Sólo alcanza el poder de mi corona Al flaco, al indefenso, al oprimido? ¿Sólo á aquellos hidalgos, cuyas sombras Tal vez han perturbado vuestro sueño, La fama infieles súbditos pregona?

¿No hay ya, don Juan, malvados en Cas-

[tilla?

¿Ya no teméis que la feroz discordia Fie otra vez sus teas infernales Á alguna mano páfida y traidora? ¿No hay alguna cabeza que debiera Á mis plantas caer, bien que orgullosa Tal vez se quiere alzar sobre la mía? —

¿Tembláis? Quien viera, tío, esa zozobra Diría... Recobraos.

Juan. No... Me inquieta... Sólo vuestra salud...

Rey. Mucho os importa: Lo sé; mas la del cuerpo es lo de menos; La del alma, don Juan, es más preciosa. El cielo por mis culpas irritado Una víctima pide expiatoria. ¡Su voluntad se cumpla!

Juan. ¿Y es posible Que así un vano terror os sobrecoja?

¿De qué puede acusaros la conciencia?... Rey. No es mi conciencia la que clama

[ahora.

(El teatro es ocupado por soldados de don Pedro que acaudilla don Mendo.)

Juan. ¿Cuál pues? ¿Será... la mía? Ho-

[rrible ceño

Anubla vuestra frente; en vuestra boca Sonrisa amarga... Hablábaís de una víc-

[tima...

Rey. La víctima sois vos. Juan. ¡Cielo!... ¡Alevosa

(Volviendo la cabeza.)

Traición! — ¡Amigos!... Rey. Gritaréis en vano.

Juan. Señor... Rey. Á Dios pedid misericordia.

(Entra en la quinta.)

ESCENA X

DON MENDO, DON JUAN, SOLDADOS

Juan. ¡Oh don Pedro, don Pedro!... [Bien temía...

Mendo. Dadme, don Juan, la espada. Juan. ¡En tal deshonra

Me he de ver! ¿Dónde están mis lanzas [fieles?

¿Dónde?... ¡Socorro! Todos me abandonan Mendo. Daos preso.

Juan. Antes... (Desenvainando la espada.)

Mendo. Matadle si resiste. Juan. Tomad. ¿Dónde...?

(Entrega la espada.)

Mendo. Al castillo de Carmona. Juan. Y allí morir...

Mendo. Lo ignoro. Soy soldado. Sólo callar y obedecer me toca.

Al retirarse don Juan por la derecha entre los soldados de don Pedro, aparece doña

Sancha por la izquierda, y lentamente se dirige al centro del teatro, alumbrado por la luna.)

ESCENA XI

DOÑA SANCHA

¿Adónde voy, desdichada? Cielos, ¿qué ordenáis de mí?

Yo os he pedido la muerte ¡Y mi súplica no oís!

Debo acatar vuestras leyes: Perdonad si os ofendí;

Mas para un ser condenado Á no ver hora feliz

No hay suplicio comparable Al suplicio de vivir.

¡Ay de mí, Que en hora amarga nací!

Muerta al mundo y á mí misma De mi vida en el abril,

Ni de amor blandos acentos Me pueden ya seducir;

Ni la amistad, ni la sangre Me ligan, oh mundo, á ti;

Ni la esperanza me alienta De más grato porvenir,

Y es el mayor de mis males No ver á mis males fin.

¡Ay de mí, Que en hora amarga nací!

Si recuerdo que mi infancia Meció cuna de marfil,

Ni aun me sirve de consuelo El recordar lo que fué;

Que como flor que se agosta Al brotar en el jardín,

Antes que el aura de vida La saña del cierzo vi,

Y siempre fué mi destino Esperar, temer, gemir.

¡Ay de mí, Que en hora amarga nací!

Todo es para mí desierto En este mundo infeliz.

Sol, que doquiera mereces Mil bendiciones y mil,

Yo cual ave de la noche Me escondo al verte lucir,

Y por vivir á lo menos De la muerte en el confín

Entre ruinas y sepulcros

Quisiera solo vivir,
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nació!

¡Oh peña, peña de Martos!
Si el esposo que perdí,
Víctima de atroz venganza
Y de la envidia más vil,
Aun yace á tu pie insepulto,
Allí está mi mundo, allí.
Volemos. Dios bondadoso,
Vos mi planta dirigid...
¡Ah! Las fuerzas me abandonan...
¡Lejos de él voy á morir!
¡Ay de mí,
Que en hora amarga nació!

(Cae desalentada sobre un banco. Don Gonzalo Carvajal llega, vestido de peregrino, por el bastidor de la derecha más inmediato á la quinta.)

ESCENA XII

DOÑA SANCHÁ, DON GONZALO CARVAJAL

G. Carv. (No ha de estar lejos su huella,
Que si el informe no miente
De mi leal confidente... —
¡Una mujer!... ¿Será ella?)

(Viendo el bulto y acercándose.)
Sancha. ¡Oh Dios! ¿Quién?...
(Levantándose asustada.)

G. Carv. Sólo y sin guía
Perdí en la noche el camino.
Soy un pobre peregrino...
Sancha. ¡Ah! ¡Gonzalo!

(Reconociéndole.)
G. Carv. ¡Hermana mía!
(Se abrazan.)

Sancha. ¿Sabes?... ¡Ay!
G. Carv. Todo lo sé.

No bien llegó á mi noticia
La atroz, bárbara injusticia,
Cuando á vengarla volé.
Por estos sotos vagando
Á favor de mi disfraz
Juré libertarte audaz
De las garras de Fernando;
Mas él me excusó esta tarde
Tan loca temeridad
Dándote la libertad
Arrepentido ó cobarde.

Sancha. ¿Qué es libertad sin ventura?

¿Qué es la vida sin mi esposo
Sólo hay para mi reposo
En su yerta sepultura.
Mas ¡ay! ni de este consuelo
Gozarán mis tristes ojos;
Que los sangrientos despojos
Pasto de fieras... ¡Oh cielo!

G. Carv. Calma, Sancha, tu aflicción.
De piadoso el rey se alaba,
Y no negó á Calatrava
La gracia de un panteón.

Sancha. Allí mi postrer abrazo
Daré con el ay postrero
Al bien que amé.

G. Carv. No. Primero
Dios cumpla el tremendo plazo.
¿No te anima esa esperanza?

Vive tres días, no más,
Y á la tumba llevarás
El placer de la venganza.
Yo puedo tal vez en tanto,
Mensajero de la muerte,
Precioso don ofrecerte
Que te bañe en dulce llanto.

Sancha. ¿Qué don?...
G. Carv. Ven á la ciudad.

Este sitio es peligroso...
Ven al asilo piadoso
Que prevengo á tu orfandad.
Sacra urna encierra allí
El corazón que te amó. —
También era amado yo.
El tuyo ¡Oh Juan! para mí.

Sancha. ¡Oh cielo! Yo te bendigo.
G. Carv. Con ambos se quedaría;
Mas ¿no eres ya hermana mía?
Partiré mi bien contigo.

Sancha. ¡Ah! Guíame... ¡Santo Dios,
(Tomando la mano de Gonzalo.)

Tiende propicio tus manos
A dos míseros hermanos
Que lloran por otros dos!

ACTO QUINTO

Cámara del rey en Jaén. La puerta de entrada á la derecha del actor; la del dormitorio á la izquierda; al lado de está otra pequeña; en el foro un balcón grande.

ESCENA PRIMERA

ROBLEDO, RUPÉREZ

Rob. Pues la cámara del rey
Ya está aseada y compuesta,
Vámonos, Rupérez.

Rup. Larga
Parece que va la gresca
De risotadas y brindis.

Rob. Dos horas hace que almuerzan.
Rup. ¡Bravamente se desquita
Nuestro buen rey de la dieta
Que ha sufrido!

Rob. ¿Has visto tú
Quién le acompaña en la mesa?
Rup. Hernán Rodríguez de Castro,
Villalobos, Castañeda...

Rob. Harto será que don Pedro
Tome parte en esa fiesta.
Rup. No. Ya sabes que le ocupan
Los cuidados de la guerra...

Rob. Sin duda está meditando
Otra militar empresa.
Rup. Mal gusto tiene el infante.
Preferir crudas peleas

Á placeres y regalos...
¡Ah, Robledo! ¡Que no fuera
Infante yo de Castilla!

Rob. No envidiara esa prebenda
Si el cielo me reservase
El fin que á don Juan espera.

Rup. ¿No sabes que se escapó?
¡Buen fin por cierto! Ahora empieza.
Rob. ¿Cierito?

Rup. El oro puede mucho
Y el campo no tiene puertas.
Rob. ¿Y adónde?

Rup. No sé.
Rob. Sin duda
Á los moros, que es ya vieja
Esa costumbre en don Juan.

Rup. Anoche llegó la nueva.
Rob. ¿Y el rey?...
Rup. Bramando de cólera

Puso á precio su cabeza.
Pero, di: ¿no es un portentoso

Cómo ha cobrado la fuerza
Y la salud en tres días?

Rob. Con efecto.
Rup. Era muy necia

Su aprensión. Desde que dijo:
Fuera doctor, vida nueva,
Venga vino, vengan aves

Y echemos á un lado penas,
Es otro hombre. Y le has de ver
Como un rollo de manteca

Muy pronto si sigue así.
Y luego dicen que secan
Las maldiciones. ¡Bobada!

Y aun habrá sandios que crean
Porque el otro le emplazó...
Hoy que se cumplen los treinta

Está tan sano y tan tieso
Que... Vaya, vaya; simplezas.

Rob. Mientras el plazo no expire...
Rup. Ni siquiera lo recuerda.
Rob. Bien pudo hacer Dios intérprete
De su justicia suprema...

Rup. ¿Á un traidor?
Rob. La voz del pueblo
Atestigua su inocencia,
Y es voz de Dios.

Rup. Ó del diablo.
Y en fin no seas habieca.
No puede ser inocente

Hombre á quien el rey condena.
Rob. Basta que lo digas tú. —
Mas ¿qué rumor...?

Rup. ¿Quién se acerca?...
(Acercándose á la puerta de la derecha.)
¡Cielos! el rey... Desmayado...

Muerto tal vez... Aquí llega...
Rob. Y ahora ¿que dirás, Rupérez?
Rup. No sé... Las carnes me tiemblan.

ESCENA II

RUPÉREZ, ROBLEDO, EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA, CABALLERO

(El rey llega desmayado entre Castro, Castañeda y otros dos caballeros, que ayudados por los dos camareros le colocan en un sillón.)

Castro. Ayudad...

Rup. ¡Pobre señor!

Castro. ¿Qué haremos?

Rup. No da señales
De vida.
Castro. Traed cordiales...

Cast. Llamad volando al doctor.
(*Vase Rupérez.*)
Leiva. ¿Qué desgraciado accidente...?
(*Llegando.*)
Cast. ¡Mirad, Leiva! Hace un momento
Que estaba sano, contento;
Y, ya lo veis, de repente...
Leiva. Sin duda es alferecía:
Cast. Yo presumo que el pulmón...
Rob. Una fuerte indigestión...
Castro. Digo que es apoplejía.
Cast. Conduzcámosle á su lecho...
Rob. El aire libre es mejor.
Leiva. Alguna reliquia...
Castro. ¡Error!
Un baño le hará provecho.
Cast. Eso es quererle matar.
Leiva. Ya parece que respira.
Castro. Los ojos abre, y suspira.
Cast. Ya los ha vuelto á cerrar.

ESCENA III

EL REY, CASTRO, CASTANEDA,
LEIVA, ROBLEDO, RUPÉREZ, CABA-
LLEROS, EL MÉDICO

Castro. ¡Ah, doctor! Está muy malo.
Cast. ¡Acudid!
(*El médico pulsa al rey y le observa.*)
Leiva. ¿Teméis que muera?...
Castro. ¿Qué decidis?...
Rob. (¡Qué no le viera
Agonizar don Gonzalo!)
Méd. Fiebre mortal le devora.
Si el santo Dios de Israel
No hace un milagro con él,
No vive el rey una hora.
Rey. ¿Dónde estoy?... ¿Quién es ese
[hombre?
Leiva. El doctor...
Rey. ¡Oh, qué porfía!
(*Con voz muy débil que en vano quiere
esforzar.*)
¿No he dicho que no quería
Ni verle ni oír su nombre?
Un leve insulto... No temo
Á la muerte. Mi salud...
Méd. Sí, tal vez hay plenitud...
Una sangría...
Rey. ¡Blasfemo!
Ya tu intención adivino.
¡Sangrarme! Es una maldad.
De sus garras me librad.
Prenedle. Es un asesino.

Leiva. Fiad, señor, en su ciencia
Y en su probada virtud.
No miréis vuestra salud
Con tan loca indiferencia.
Méd. ¡En buena hora por cierto
Vuestro labio me insultó!
¿Qué interés tuviera yo
En asesinar á un muerto?
*Grito ge- } ¡¡¡ Oh!!!
neral. }
Méd. Quién así me denigra
No merece un desengaño;
Mas no quiero vuestro daño.
¡Rey! Vuestra vida peligrá.
Rey. ¡Impostor!
Méd. Con noble calma
Vuestra cólera provocó;
Que arriesgar mi vida es poco
Porque vos salvéis el alma.
Rey. ¡Por San Millán!...
Méd. ¡Ay de vos
Si estos instantes perdéis
Y contrito no volvéis
El alma, Fernando, á Dios!
Él solo en trance tan fuerte...
Castro. Permitid que la sangría...
(*Al rey.*)
Méd. ¡Es tarde ya! Serviría
(*Observando de nuevo al rey.*)
Para acelerar su muerte.
Ya aquí es ocioso el doctor.
Me dais lástima; y os dejo;
Pero tomad mi consejo.
Llamad pronto al confesor.
Rey. De Lucifer es tu arte,
Mas fuerza habrá que lo enfrene,
Y si el sacerdote viene
Será para excomulgarte.
Prened, matad al villano...
¿No obedecéis? ¿Nadie habrá
Que me vengue? ¿No soy ya
Vuestro rey? Mi propia mano...
Méd. ¡Tu mano! ¡Prueba siquiera
Á levantarte de ahí!
Rey. ¡Desventurado de mí!
(*Pugna sin fruto por alzarse del sillón.*)
¡Soy de mármol! ¡Suerte fiera!
Inmóvil el pie y el brazo...
¡Qué recuerdo!... ¡Ah! ¡Muerto soy!
¡Setiembre... siete!... ¡Hoy es...! ¡Hoy
Se cumple el horrendo plazo!
Y mi ciego desvario...
¡Oh, perdón!... Sangrame; sí.
Haz lo que quieras de mí.
¡Piedad!... ¡Dios mío! ¡Dios mío!
Méd. Cuidadle. Vuelvo volando.
(*Á los caballeros.*)
(*Vase corriendo.*)*

ESCENA IV

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA,
LEIVA, ROBLEDO, RUPÉREZ, CA-
BALLEROS

Rey. ¡Confesor!
Castro. Pues lo queréis,
El vuestro...
Rey. No le llaméis.
Yo os lo ruego; yo os lo mando,
Cortesano, falso amigo,
Sobrado indulgente fué;
¡Y ahora que morir me ve
Será inflexible conmigo!
Rob. Si vuestra alteza prefiere
Un buen religioso...
Rey. Sí;
Que venga.
(*Vase apresurado Robledo.*)
Cast. ¡No estar aquí
(*Aparte á los dos caballeros.*)
Don Juan cuando el rey se muere!

ESCENA V

EL REY, CASTRO, CASTAÑEDA,
LEIVA, EL MÉDICO, LOS DOS CABALLEROS

Méd. Esta bebida tomad,
(*Trae una bebida que presenta al rey.*)
Señor, que acaso restaure
Vuestras abatidas fuerzas.
Rey. Sí, sí. Dámela al instante.
(*La toma.*)
Consuelo me da el licor.
Bien me sienta, bien me sabe.
(*Lo apura.*)
Mi espíritu se recobra;
Más libre el pecho me late
Y la esperanza halagueña...
Jurara que mi semblante
Se reanima...
Castro. Sí, señor.
Rey. ¡Ah, doctor! Eres un ángel.
Méd. Dad, señor, gracias al cielo
Que por mi mano ignorante
Os quiere fortalecer
En este terrible trance.
Rey. No; ya no... Mejor me siento...
Ya es excusado que llamen
Al confesor... (El médico le pulsa.)
¿Eh? ¿Qué dices?
Méd. Que temo no venga tarde.

Rey. ¿No digo que estoy mejor?
¡Qué empeño de desahuciar-me!
Si esa bebida me alienta,
Otra que tú me prepares
Espero que en breves días
Me restablezca y me sane.
Méd. Señor, no basta mi ciencia
Á curar un mal tan grave,
Tan singular, que ni acierto
Siquiera á calificarle.
Mal con que el cielo á los dos
Quiere mostrar cuánto es frágil
La humana naturaleza
Y cuán pequeño el alcance
Del humano entendimiento.
Rey. Mi buen doctor, tú no te haces
Justicia. ¡Á cuánto infeliz
De los brazos no arrancaste
De la muerte! Lo que hiciste
Por cualquiera miserable,
¿No lo has de hacer por tu rey?
¡Oh! Yo haré cuanto me mandes.
Si he sido hasta ahora indócil,
No culpes á mi carácter:
Culpa á esa turba servil
Que te calumniaba infame.
(*Movimiento de indignación en los corte-
sanos.*)
Cast. ¡Aprended!
(*Á los dos aparte.*)
Rey. Sé generoso,
Olvida injustos desaires,
Y vuélveme la salud...
¡La vida! ¡Sálvame, sálvame!
¿Quieres riquezas en premio
De beneficio tan grande?
Yo mandaré que á tu voz
Se abran las arcas reales.
¿Ambicionas por ventura
Honos y dignidades?
Yo haré que los ricos hombres
Te obedezcan y te acaten.
Tú no serás mi vasallo,
Sino mi amigo, mi padre...
¡Ah!... La luz falta á mis ojos...
Otra vez... postrados caen...
Mis miembros...
Rob. El religioso.
(*Anunciando.*)
Méd. Cortos son ya los instantes
De su vida, y Dios los pide.
Con su ministro dejadle
En libertad.
(*Robledo introduce á un fraile dominico
por la puertecilla inmediata á la del
dormitorio. El religioso, cubierto con
la capucha y con la cabeza baja, se para
á muy corta distancia de la puerta.*)

Leiva. ¡Desdichado!
(Haré que á su hermano llamen.)
(*Todos se retiran por la puerta de la derecha. El religioso la cierra.*)

ESCENA VI

EL REY, EL RELIGIOSO

Rey. ¡Morir! ¡No hay ya remedio ni esperanza!

Rel. ¡No! Dios te llama al tribunal eterno;

Y, juez inexorable, en su balanza
Los actos pesará de tu gobierno.

Rey. ¡Ay del que ha provocado su venganza!

Rel. Y la muerte olvidaba y el infierno
Do no hay juez que se venda al condenado
Ni púrpura que cubra su pecado.

Rey. Presa de la ambición mi cetro ha sido.

Rel. En sangre se tiñó de la inocencia.

Rey. Consejos de un traidor me han seducido.

Rel. ¿Y nada te decía la conciencia?

Rey. ¡Perdón, Dios de bondad, y arrependido

Yo viviré en humilde penitencia!
Rel. No aplaca ese terror al Dios que adoro

Sino de ardiente contrición el lloro.
Si has de mentir al cielo, no le nombres.

Tanto vale ultrajarle maldiciente.
Engañar no podías á los hombres

¿Y engañarás á Dios omnipotente?
Rey. ¡Piedad! De mi flaqueza no te asombres.

Viva ó muera, le adoro penitente.
Él te envía á salvarme y yo contrito...

Rel. ¡Él me envía á acusarte! ¡Sí, precito!

Mal hijo, mal esposo, rey cruento,
Ya decretar tu pena al cielo plugo.

Por mí te acusa el pueblo descontento
Que agobiado gimió bajo tu yugo.

Tus víctimas por mí con sordo acento
Gritan: ¡execración, muerte al verdugo!

Por mí, cumplido el plazo que te asombra,
Te habla de Carvajal la inulta sombra.

Rey. Tal vez ¡ay! si en mi pecho penetra

Esa sombra cruel se aplacaría;
¡Y el ungido de Dios que desde el ara

Á confortar mi espíritu venía,
En el trance mortal me desampara,

Y tal vez me escarnece en la agonía!
Rel. No soy quien me ha juzgado tu delirio.

(*Desciñese el hábito y se acerca más al rey.*)

Mírame bien.

Rey. ¡Gonzalo!... ¡Atroz martirio!
G. Carv. No ha permitido Dios que tu cuchilla

Abriese á tres hermanos una losa.
Aun late aquí, tirano de Castilla,

Sangre de aquella raza generosa.
(*Saca un puñal.*)

¿Ves este acero que desnudo brilla?
Venganza le aguzaba rencorosa.

Yo, fiador de tu tremendo plazo,
La esperaba de Dios... y de mi brazo.

Rey. Clávame; no escondas el acero,
(*Moribundo.*)

Que no será... cual mi dolor, impío.

¡Buen Dios!... Acoge mi pesar sincero...

¡Madre!... ¡Esposa!... ¡Hijo mío!... ¡Alfonso mío!...

¡Nadie me escucha!... Abandonado muero...

¡Señor, misericordia! En vos... confío...
(*Logrando incorporarse y dirigiéndose á Gonzalo grita:*)

¡Perdón!
(*Da con el cuerpo en el suelo, y apoya expirante la cabeza en el sillón.*)

G. Carv. Sí, desgraciado; que mi encuentro contigo expira.

(*En alta voz y con tono solemne dice poniendo la mano sobre la cabeza del rey.*)

¡Rey, yo te perdono!

(*Vuélvese á cubrir rápidamente, abre la puerta de la derecha, y se desvía de ella.*)

ESCENA VII

DON GONZALO CARVAJAL; DON PEDRO

Pedro. ¿Muerto?...
(*Adelantándose á todos.*)

G. Carv. ¡Mirad! Dios es justo.
(*Mostrando el cadáver del rey.*)

(*Desaparece por la puertecilla de la izquierda.*)

ESCENA ÚLTIMA

DON PEDRO, CASTRO, CASTAÑEDA, LEIVA, EL MÉDICO, ROBLEDO, CABALLEROS, CRIADOS

(*Llegan todos apresurados. El médico reconoce el cuerpo.*)

Pedro. ¡Fernando mío! (*Acercándose.*)
Méd. Ya es muerto.

Pedro. ¡Pobre hermano! Con mi sangre quisiera animar tu cuerpo!

(*Los grandes forman dos corrillos, y hablan entre sí muy animados. Castro y Leiva en el uno; Castañeda en el otro. Don Pedro y el médico permanecen silenciosos al lado del sillón.*)

Castro. Era un tirano.
(*En voz baja á los suyos.*)

Cast. Era un monstruo.
(*Aparte á sus parciales.*)

Leiva. ¿Y á un niño daréis el cetro?

Cast. Proclámenos á don Juan.

Castro. Demos el trono á don Pedro.

Rob. Á la puerta del palacio.
(*Entrando.*)

Se agrupa impaciente el pueblo...
Pedro. Traed el pendón de Castilla.
(*Á Leiva.*)

(*Vase Leiva corriendo.*)

Castro. Rey se declara. Esto es hecho.
(*Aparte á los de su bando.*)

Yo á su lado...
(*Castro y sus parciales se dirigen hacia donde está don Pedro.*)

Cast. ¡Usurpador!...
(*Aparte á los suyos.*)

Pedro. Abrid el balcón, Robledo.
(*Tomando el pendón de manos de Leiva, que entra con él.*)

(*Abre Robledo el balcón, y don Pedro se acerca á él. Óyese sordo murmullo de multitud curiosa.*)

¡Pueblo! don Fernando el Cuarto
Murió. Dios sólo es eterno.

Mas si Fernando no vive,
Vive el rey en su heredero.

Á Dios, el alma del padre;
Al hijo, el dosel supremo. —

¡Real, real, Castilla, Castilla
(*Tremolando el estandarte.*)

Por don Alfonso el Onceno!